Capítulo XXXIII

INEFABLES GOZOS Y SENTIMIENTOS QUE DIOS HACE GUSTAR AL ALMA QUE HA LLEGADO A VIVIR EN DIOS COMO EN SU CENTRO DE AMOR

168.—Dios ha criado al hombre para el amor, y no sólo para este amor humano que tanto se desea y busca por encima de los demás deseos que empujan al alma, sino para el amor infinito y para la unión con el amor infinito, de modo que poseyéndole le goce y gozándole consiga la felicidad. La posesión y la unión del Amor infinito es el más profundo centro del alma. Este centro no es otro que Dios, Dios infinito todo bondad, todo amor. Cuando el alma le consiga, ha obtenido su fin, su dicha y felicidad.

El hombre en la tierra, aun sin darse cuenta y sin quererlo, busca a Dios, porque nadie puede dejar de desear y buscar la posesión de su amor

y su felicidad. El fin y el centro perfecto y total del hombre es el gozo del amor perfecto y total, como todos los objetos buscan su centro y en su centro encuentran el reposo y el descanso, el hombre necesariamente está inclinado a gozar del amor total. El hombre necesariamente está inclinado hacia Dios, aun sin quererlo. Dios es mi fin y mi fin de amor. Dios será mi delicia y mi gozo cuando le viva. Pero no puede el alma descansar hasta estar ya segura en Dios, su amor y su gozo.

El gozo supremo y de dicha es el gozo que disfruta el alma con la posesión del Bien supremo y Sumo. El gozo supremo del alma, y que del alma redundará a todos los demás sentidos y miembros del cuerpo, es la plenitud de entender, según toda su capacidad, la Verdad Suprema, Fuente de toda verdad, y entenderla no sólo sin trabajo y sin esfuerzo, sino en la mayor complacencia y gozo, y entendiendo esa Verdad entender todas las demás verdades en Ella. En Dios verá el alma todas las cosas y poseerá todas las cosas y todos los bienes y en Dios poseerá y gozará todo el amor sintiéndose llena y saciada en continua gloria.

Se recrean y gozan los ojos en las hermosuras y bellezas de la naturaleza u objetos vistosos y ricos; se deleita el oído y la inteligencia con armonías dulces y pensamientos agradables; se deleita el olfato con la fragancia de las flores y de los per-

fumes, porque son su objeto. El alma se sentirá llena de todo gozo y dichosamente saciada en todas sus aspiraciones cuando consiga y posea a Dios, porque en Dios están todos los bienes y todas las bellezas y delicias. Dios es todo el bien, y todos los bienes no tienen comparación con este supremo bien. Dios es el infinito y total amor y todos los demás amores no tienen comparación con este infinito total amor, ni los gozos producidos por los otros amores, con el gozo total de este infinito y total amor, ni sus efectos con los efectos del amor de Dios. *(Yo en Dios* o *El Cielo.)*

169.—El amor a Dios en la tierra, como la gracia, siempre puede estar creciendo. Muy bien se compara al calor, a la luz, a la armonía, a los círculos concéntricos alrededor de su centro hasta tocarle y unirse a él. El calor siempre puede aumentarse desde que empieza a percibirse, hasta hacerse llama, hasta poner en ebullición el agua; y la luz siempre puede intensificarse hasta ser como el mismo sol, y la armonía puede ser más dulce y más nostálgica y soñadora y el planeta puede aproximarse hasta entrar en el sol y fundirse en él.

El amor a Dios no tiene límites y tampoco los gozos que produce. La gracia siempre puede crecer más y participar más de la naturaleza de Dios. En la tierra no puede llegarse a la perfección to-

tal. San Bernardo explicaba el desenvolvimiento del amor de Dios en la tierra y decía: *En primer lugar, se ama el hombre a sí mismo, pues es carne y no puede gustar nada fuera de sí. Mas, cuando ve que no puede subsistir por sí, comienza a buscar a Dios por la fe, y a amarle como que le es tan necesario. Ama, pues, en segundo grado a Dios, pero por sí, no por El mismo. Ya después que comenzó, con ocasión de la propia necesidad, a reverenciarle y frecuentarle, meditando, leyendo, orando, obedeciéndole, poco a poco, en virtud de este género de familiaridad, se da a conocer Dios y consiguientemente se hace también dulce; y así, habiendo gustado que es dulce el Señor, pasa al grado tercero, para amar a Dios, no ya por sí, sino por El mismo. A la verdad, en este grado se está mucho tiempo; ni sé yo que en esta vida se llegue a alcanzar el cuarto perfectamente por alguno de los hombres, de suerte que se ame a sí mismo el hombre solamente por Dios. Afirmen esto los que lo hayan experimentado; a mí, lo confieso, me parece imposible* (1).

170.—Dios ha creado al hombre para la posesión del amor perfecto y del gozo perfecto que llenará todas sus aspiraciones y le hará feliz. Sólo

(1) *Del amor de Dios,* cap. 6, núm. 39, traducido por el R. Gregorio Díez Ramos.

Dios puede llenar la capacidad de amar y de gozar del alma. El alma tiene deseos ilimitados, infinitos. No sabrá lo que desea en esas aspiraciones, pero desea a Dios. Y cuando entre en la posesión gloriosa de Dios, quedarán satisfechos todos los deseos del alma, quedarán cumplidas todas las aspiraciones del alma en todos los aspectos de conocer, de amar, de poseer y de gozar.

Dios mío, mi alma desea esta felicidad; desea la unión de tu amor y el gozo de tu amor. Deseo, Dios mío, llegar a este centro infinito para el cual me has creado. ¿Cuándo me absorberás en tu amor y en tu bondad?

Leemos en las vidas de muchos santos que Dios hizo sentir aun exteriormente la redundancia de bienes de gracia y de amor que obraba en lo íntimo de su alma. Algunos santos nos dejaron traslucir en las palabras algo del fuego dichoso que abrasaba su espíritu, y son obras que pasman de admiración a quien las lee. Otros no supieron comunicárnoslo.

Pero no podemos ni dudarlo sin dejar de ser creyentes y consecuentes en discurrir aun cuando ninguna de esas mercedes sea de fe, sino solamente verdades históricas y que merecen el crédito que se ha de dar a la historia según la veracidad del historiador. ¿No veían los habitantes de Sena o de Segovia salir llamas misteriosas de la celda de San Franco y del Venerable Melchor Cano?

¿Y quién no creerá a San Pablo cuando escribe que le fueron mostradas verdades que no es posible expresar? No sabía si las había recibido estando su alma en el cuerpo o fuera del cuerpo, pero le enseñaron las maravillas sobrenaturales que Dios tiene preparadas para los que perseveran fieles en el amor. ¿Qué sentiría San Pablo con estas secretas y hondas palabras de Dios, pues no encontraba modo de expresarlas?

En todas las épocas de la historia del cristianismo han florecido almas santas que han recibido estas mercedes y carismas del Señor, y los han recibido inteligencias cultivadas e inteligencias que desconocían las letras. Dios era el Padre de todos y quería mostrar en la tierra sus misericordias de modo sorprendente; siempre en almas humildes.

Conocemos las que hizo a Santa Teresa porque ella misma las escribió, y si nunca las pidió al Señor, sí las estimó con tanto agradecimiento y las valoró tan alto, que decía: *Jamás me podía pesar de haber visto estas visiones celestiales, y por todos los bienes y deleites del mundo sólo una vez no trocara* (2).

171.—Porque en Santa Teresa se transparenta la veracidad y nos dice con su prosa de amena conversación lo que su alma sentía, y a veces re-

(2) *Vida*, 29, 4.

percutía también en su cuerpo cuando el Señor la hacía gozar delicias singulares de la gracia, quiero recordar algunos textos suyos de entre los muchos donde nos lo dice.

Muy conocida es la visión en que el querubín la transverberaba el corazón *y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay que desear que se quite... Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento* (3).

¿Y quién no se admirará de los efectos que en ella hizo el desposorio espiritual? Quiero recordarlo con sus mismas palabras, pues siempre produce deleite espiritual leer su narración: *Representóseme... muy en lo interior y diome su mano derecha y díjome: «Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy; hasta ahora no lo habías merecido; de aquí adelante, no sólo como Criador, y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía; mi honra es ya tuya y la tuya mía.» Hízome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí, y quedé como desatinada, y dije al Señor que u ensanchase mi bajeza u no me hiciese tanta merced; porque, cierto, no me parecía lo podía sufrir el natural* (4).

(3) *Vida*, 29, 13.
(4) *Cuenta de conciencia*, 26, en Avila, 1572.

Cuando Dios quiere que su gracia especial sea gozo sensible del alma y redunde en el cuerpo, supera a todos los gozos conocidos, y los gozos naturales conocidos no pueden compararse con estos gozos de Dios. Nos lo dice repetidas veces Santa Teresa, que tanto los experimentó y así escribe: *No puedo decir lo que se siente cuando el Señor la da a entender secretos y grandezas suyas, el deleite tan sobre cuantos acá se pueden entender, que bien con razón hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos juntos. Es asco traerlos a ninguna comparación aquí —aunque sea para gozarlos sin fin—, y de estos que da el Señor, sola una gota de agua del gran río caudaloso que nos está aparejado* (5).

De la visión que Jesús la hizo de su cuerpo glorioso dice: *Sea bendito por siempre, porque tanta gloria junta tan bajo y ruin sujeto no la pudiera sufrir* (6), y así no salía de la oración en todo el día.

Y para no multiplicar las citas, sólo pondré ya un texto de las *Meditaciones sobre los Cantares*, donde hace resaltar sobremanera estos gozos de Dios en el alma cuando Dios la hace sentir íntimo amor. Dice así: *Como una persona que el gran placer y contento la desmaya... no sabe más*

(5) *Vida*, 28, 12.
(6) *Vida*, 28, 1.

de gozar... Cuando despierta de aquel sueño y de aquella embriaguez celestial, queda como cosa espantada y embobada y con un santo desatino... El alma no sabe de sí ni hace nada ni sabe cómo ni por dónde —ni lo puede entender— le vino aquel bien tan grande. Sabe que es el mayor que en la vida se puede gustar, aunque se junten todos los deleites y bienes del mundo...

... Déos nuestro Señor a entender, u por mejor decir, a gustar —que de otra manera no se puede entender— qué es del gozo del alma cuando está así. Allá se avengan los del mundo con sus señoríos, y con sus riquezas, y con sus deleites, y con sus honras y con sus manjares, que si todo lo pudiesen gozar sin los trabajos que traen consigo —lo que es imposible—, no llegara en mil años al contento que un momento tiene un alma a quien el Señor llega aquí. San Pablo dice que «no son dignos todos los trabajos del mundo de la gloria que esperamos.» Yo digo que no son dignos ni pueden merecer una hora de esta satisfacción que aquí da Dios al alma y gozo y deleite. No tiene comparación —a mi parecer— ni se puede merecer un regalo tan regalado de nuestro Señor, una unión tan unida, un amor tan dado a entender y a gustar con las bajezas de las cosas del mundo (7).

(7) *Meditaciones sobre los Cantares*, 4, 4-5.

172.—En los primeros tiempos del cristianismo se derramó la gracia carismática y la regalada redundancia de las mercedes extraordinarias que Dios comunicaba a las almas con más frecuencia e intensidad que nunca, como en los principios de las Ordenes religiosas se ha manifestado el Señor más sobrenaturalmente amoroso en el alma y en el cuerpo en mayor número de personas.

En las *Vidas de los Padres del Yermo* se han recogido portentosas misericordias que Dios manifestaba en aquellas almas héroes, que lo dejaban todo y se apartaban de corazón y de hecho de todo para estar más atentos a Dios y vivir con mayor fidelidad sus inspiraciones y las virtudes. ¿Para qué recordar las vidas angélicas en sus manifestaciones exteriores del admirable San Arsenio, o la portentosa de San Hilarión, de San Antonio y de tantas almas perfectísimas en el divino amor?

Si en todo es Dios admirable, nos sorprende más regaladamente cuando vemos los torrentes de amor y de dulzura que comunica a algunas almas que se prepararon y fueron delicadamente fieles en humildad. La gracia de Dios como que se desbordaba y el cielo se anticipaba en ellos. Rebosando agradecimiento por los regalados efluvios de la gracia, no cabían en sí de contento y de gozo.

Santa Catalina de Génova decía de su impresión: *Era un torrente de amor tan fuerte, tan vio-*

lento, tan dulce, tan embriagador, que apenas podía tenerme en pie.

No encuentro palabras para describirle. Solamente puedo decir que si cayese en el infierno una chispa del fuego que me consume, vendría a ser para sus desgraciados habitantes la vida eterna, transformando la noche en día, las penas en consuelos, los demonios en ángeles (8).

El amor rompió su pecho y respiraba por su abertura amortiguando el regaladísimo fuego que dentro ardía.

Fuera de sí de gozo, exclamaba: *¡Oh amor, no puedo más! Me costaría menos poner las manos en un brasero que tener el corazón en esta hoguera celestial... ¡Oh Dios amor! ¿Quién será capaz de impedirme amaros cuanto quiera? El alma que ama no puede decir que las penas que padece sean penas. Las persecuciones, el infierno, el martirio, todo es tolerable para el que ama* (9).

Al leer los efectos extraordinarios de la gracia que el Señor ha querido hacer a almas de mayor fidelidad y humildad brota la exclamación de la *Sabiduría: ¡Oh, cuán benigno y suave es, oh Señor, tu espíritu en todas las cosas!* (10). ¿Qué

(8) Fr. Justo Pérez de Urbel: *Año Cristiano,* día 22 de marzo.

(9) Fr. Justo Pérez de Urbel: *Año Cristiano,* día 22 de marzo.

(10) *Sab.,* 12, 1.

será sentirle y estar bañado en sus gozos? ¡Cuánto pudiera extenderme y con cuánto agrado lo haría, trayendo aquí tan variados y admirables hechos de los santos como he leído en sus vidas! Sólo haré breve alusión a algunos en este capítulo y en otros más adelante.

A los veintinueve años la gracia aumentó tanto el amor de Dios en el pecho de San Felipe Neri, que *estando en la oración alrededor de Pentescostés le entró un globo de luz por la boca y cayó desmayado y se le rompieron y abombaron dos costillas, formando como un tumor que le duró toda la vida* (11). ¿Qué olas de amor y qué intensidad y suavidad de gozo no le inundarían? ¿No sería esta gracia de luz y de sabiduría sobrenatural el maestro divino que le enseñó a hacer aquella oración tan alta que tenía y a decir que quien no gusta de tener oración veinte horas al día no es alma de oración?

¿Qué impulsos de vehemencia y de suavidad de amor no obraba la gracia en las almas de San José de Cupertino, y de San Pedro de Alcántara y de tantos santos, impulsos que redundaban en los actos y las manifestaciones exteriores?

Pero los hombres santos han sido más reser-

(11) *Vida del glorioso taumaturgo de Roma el gran Patriarca San Felipe Neri*, por el P. Manuel Conciencia, p. 1, libro 2, cap. 12, núm. 241.

vados, en general, para manifestar las gracias que recibían, que las mujeres santas.

Santa Isabel de Hungría comunicaba a su doncella: *No puedo referir a los hombres lo que el Señor se ha dignado revelarme; pero no quiero ocultarte que mi alma ha sido inundada de la más pura y dulce alegría, y que el Señor me permitió ver con los ojos del alma secretos admirables.* ¿Qué maravillosos no serían cuando dice no puede revelarlos ella, que ya había dicho las palabras que el Señor la dirigió: *Isabel, si tú quieres ser mía, yo quiero ser tuyo también y nunca separarme de ti?* (12).

Leemos en Santa Catalina de Sena que la gracia que sentía en su alma, como savia de primavera que empuja las flores a abrirse y dar su olor, la impulsaba a decir: *A fin de que pueda dilatar mi corazón para impedir que estalle algún día, la providencia me ha dado la facultad de escribir... He tomado lecciones con el glorioso evangelista San Juan y con Santo Tomás de Aquino.*

¡Oh Amor, Amor, eres lo más suave! ¡Oh eterna Belleza, tanto tiempo desconocida, tantos siglos velada por el mundo! ¡Esposo, Esposo! ¿Cuándo, cuándo...? ¿Por qué no ahora? (13).

(12) *Historia de Santa Isabel de Hungría*, por el conde Montalembert, cap. 19.

(13) Fr. Justo Pérez de Urbel: *Año Cristiano*, día 30 de abril.

Y en gran manera impresionan y dan conocimiento de estos dulcísimos efectos de la gracia las palabras que escribe Santa Gertrudis sobre lo que su alma sentía y redundaba a todo su ser: *Mi alma fue iluminada de pronto por el inefable y maravilloso brillo de la luz divina... Sólo Vos sabéis, ¡oh dulzura de mi vida!, hasta qué punto penetró vuestra suavidad no solamente mi alma, sino también mi corazón y mis miembros, en aquella visión en la que vuestros ojos, brillantes como el sol, parecían colocados directamente sobre los míos...*

... Sentí que salía de vuestros divinos ojos una incomparable y suave luz. Pasando por mis ojos y penetrando hasta lo más íntimo de mi ser, esta luz comenzó a obrar en todos mis miembros con una fuerza tan maravillosa, que yo no sé cómo explicarlo. Fue primero como si me hubiera arrancado la médula de los huesos. Aniquilando luego mis huesos y mi carne, hubiérase dicho que toda mi sustancia no era ya otra cosa que aquel resplandor divino, el cual, jugando consigo mismo con un encanto incomparable, henchía al mismo tiempo mi alma de una gran dulzura y serenidad.

¡Oh!, ¿y qué diré yo todavía de esta dulcísima visión?...

... si la dulzura de vuestro beso divino sobrepuja, como yo así lo creo, la dulzura de esta visión, es entonces verdaderamente necesaria la

fuerza de lo alto para sostener a la criatura humana, porque sería imposible a un alma gozar de un favor semejante, aunque no fuera nada más que por un momento, y continuar después unida a su cuerpo (14).

... ¡Oh Creador de los astros! Yo he recibido de Vos inmensos beneficios. He recibido los dulces goces del alma, el sello de vuestras sagradas llagas, la revelación de vuestros secretos, las familiares caricias de vuestro amor. En todo esto he saboreado más alegrías espirituales que todas cuantas satisfacciones hubiera podido proporcionar el mundo a mis sentidos, aunque lo hubiera recorrido de Oriente a Occidente (15).

Cuando leo las mercedes del Señor para con algunos de sus santos gusto de repetir con *La Sabiduría: ¡Oh, cuán benigno y suave es, oh Señor, tu espíritu en todas las cosas!* ¡Qué será sentirlo y estar bañado en sus goces! ¡Y cuán maravilloso e incomprensiblemente suave y regalado eres con las almas que se entregan a Ti! Sería interminable si quisiera solamente espigar un poco de lo que el Señor ha hecho en estos sus santos. ¡Cuán generosa y abundantemente les pagó la entrega que de

(14) *Revelaciones de Santa Gertrudis,* 1 parte, lib. 2, capítulo 21. Nueva versión española por un Padre Benedictino.

(15) *Revelaciones de Santa Gertrudis,* parte 1, lib. 2, capítulo 23.

sí mismos le hicieron y la fidelidad que le guardaron!

Aquí admiro y me explico cómo muchos se olvidaban de comer y de sí mismos pensando abstraídos en tus misericordias, como San Pedro de Alcántara, como el mismo Santo Tomás de Aquino cuando en un solo momento que le infundiste, un rayo de tu luz, aprendió más que cuanto sabía de sus estudios y andaba totalmente absorto en Ti con la brevísima lección que Tú le diste y a la ya citada Santa Catalina de Sena.

Porque te vivía y te comunicabas a él, se desahogaba el corazón de San Pablo de la Cruz con estas palabras: *Necesito un océano; quiero sumergirme en un océano de fuego y de amor. Quiero convertirme en rescoldo de amor. Quiero poder cantar en la hoguera del amor increado, precipitarme en la magnificencia de sus llamas, perderme en su silencio, abismarme en todo lo divino* (16).

Es que la gracia de Dios hace al alma cielo. Decía el Señor a Santa Catalina: *Al alma la llamo cielo, porque yo la hice cielo y habito en ella por la gracia, ocultándome allí y haciendo mansión en ella por afecto de amor* (17).

(16) Fr. Justo Pérez de Urbel: *Año Cristiano*, día 28 de abril.

(17) *Obras de Santa Catalina de Siena. Diálogo*, cap. 33.

Capítulo XXXIV

GOZO Y DULZURA DEL ALMA QUE POR LA GRACIA ESPECIAL ES HECHA CIELO

173.—El alma entregada a Dios con una vida santa es una alborada de luz, de belleza, de armonías dulcísimas. Esta alma vive como si la gracia de Dios la envolviera en todas las fragancias y delicias, en todos los encantos y atractivos del cielo. La tierra no tiene colores, ni palabras ni alegrías para expresar la delicia y paz que esas almas sienten considerándose llenas de Dios.

El alma santa es una resonancia de júbilo en deleitosa hermosura de bondad. Los escritores santos y poetas han recogido todas las flores y rayos de luz de la naturaleza, y todos los sonidos dulces del arte y de la imaginación y todo cuanto se puede soñar de contento y bienandanza intentando expresar con esas imágenes y ensueños al-

gún resplandor de lo que veían y gozaban, y terminaban confesando que todo era como oscuridad y nada. *Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman* (1) aun en esta vida cuando quiere regalarles. Ni admiten comparación los gozos de la materia con los del espíritu, por muy delicados que los soñemos. Los gozos del espíritu dados por Dios son de un orden superior. Sólo los que los gozaron y sintieron pudieron hablar de ellos.

Acabamos de ver que Santa Catalina de Sena dice de la tal alma que es cielo y la añade el Señor: *Tú ves que mis siervos encuentran su bienaventuranza principalmente en verme y conocerme... Gustan ya en esta vida las arras de la vida eterna gustando esto mismo que yo te he dicho que los sacia... La tienen en mi Bondad, que ven en sí mismos; en el conocimiento de mi Verdad, conocimiento que reside en la inteligencia y en este ojo del alma iluminado por la Fe* (2).

174.—Santa Teresa de Jesús, con sin igual donosura y sinceridad, escribe: *No es otra cosa el alma del justo sino un paraíso donde dice El tiene sus deleites. Pues ¿qué tal os parece será el*

(1) *1 Cor.*, 2, 9.
(2) *Obras de Santa Catalina de Siena. Diálogo*, cap. 45.

aposento donde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes, se deleita? (3).

E intenta dar a entender una idea de lo que había visto y sentido, pero se declara impotente. He aquí sus mismas palabras: *Ibame el Señor mostrando más grandes secretos... Era tanto, que lo menos bastaba para quedar espantada y muy aprovechada el alma para estimar y tener en poco las cosas de la vida. Quisiera yo dar a entender algo de lo menos que entendía, y pensando cómo puede ser, hallo que es imposible; porque en sólo la diferencia que hay de esta luz que vemos a la que allá se representa, siendo todo luz, no hay comparación, porque la claridad del sol parece cosa muy desgustada. En fin, no alcanza la imaginación, por muy sutil que sea, a pintar ni trazar cómo será esta luz, ni ninguna cosa de las que el Señor me daba a entender con un deleite tan soberano que no se puede decir, porque todos los sentidos gozan en tan alto grado y suavidad que ello no se puede encarecer, y así es mejor no decir más.*

Había una vez estado así más de una hora, mostrándome el Señor cosas admirables, que no me parece se quitaba de cabe mí. Díjome: «Mira, hija, qué pierden los que son contra Mí...» Des-

(3) *Moradas*, I, 1, 1.

pués quisiera ella (el alma) estarse siempre allí y no tornar a vivir, porque fue grande el desprecio que me quedó de todo lo de acá. Parecíame basura, y veo cuán bajamente nos ocupamos los que nos detenemos en ello (4).

Y quizá nadie ha expresado con más belleza y encanto y aun con más precisión y más celestiales luces que San Juan de la Cruz estas inusitadas mercedes que Dios hace por modo extraordinario a sus almas de amor. Después de haberlos gustado, decía de sí mismo: *Es tanta la consolación que mi alma recibe, que... ya le digo a este Señor me ensanche mi natural o me saque de esta vida, mas que no sea teniendo cargo de almas* (5). Es lo mismo que hemos transcrito de Santa Teresa y casi con las mismas palabras.

Pero San Juan de la Cruz, que se deleita en dar bellísimas pinceladas de poesía de cielo describiendo el sin igual encanto y riqueza de *el jardín floridísimo* del alma, nos dice también que Dios con mano suave pone en el alma, haciéndoselos sentir, anticipos celestiales de vida eterna nunca oídos, y *son en tanta abundancia algunas veces, que al alma le parece estar vestida de deleites y bañada en gloria inestimable; tanto, que no*

(4) Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 38, 3.

(5) Crisógono de Jesús, S.: *Vida de San Juan de la Cruz*, capítulo 17. Nota 83 del editor P. Matías del Niño Jesús.

sólo ella lo siente de dentro, pero aun suele redundar tanto de fuera, que lo conocen los que saben advertir, y les parece estar la tal alma como un deleitoso jardín lleno de deleites y riquezas de Dios (6).

San Juan de la Cruz realza de tal manera el relieve espiritual y deleitoso del alma de amor, que parece se sienten y se tocan las delicias, y las armonías, las luces y fragancias del mismo cielo, en que está envuelta.

¿Quién no se alienta y se entusiasma a vivir la virtud e intensificar la vida espiritual y la convivencia con Dios leyéndole? ¿Y quién nos lo sabe decir como El? Nos recreemos leyéndolo si aún no nos hemos preparado para que el Señor nos lo comunique.

Es, pues, de notar que el amor es la inclinación del alma y la fuerza y virtud que tiene para ir a Dios, porque mediante el amor se une el alma con Dios; y así cuantos más grados de amor tuviere, tanto más profundamente entra en Dios y se concentra con El..., y si llegare hasta el último grado, llegará a herir el amor de Dios hasta el último centro y más profundo del alma, que será transformarla y esclarecerla según todo el ser y potencia y virtud de ella, según es capaz de recibir,

(6) *Cántico*, 17, 7.

hasta ponerla que parezca Dios como el cristal limpio y la luz...

... En decir el alma aquí que la llama de amor hiere en su más profundo centro, es decir que cuanto alcanza la sustancia, virtud y fuerza del alma, la hiere y embiste el Espíritu Santo... Dícelo para dar a entender la copiosidad y abundancia de deleite y gloria que en esta manera de comunicación en el Espíritu Santo siente. El cual deleite es tanto mayor y más tierno cuanto más fuerte y sustancialmente está transformada y reconcentrada en Dios; que por ser tanto como lo más a que en esta vida se puede llegar (aunque, como decimos, no tan perfecto como en la otra), lo llama el más profundo centro...

... Y no es de tener por increíble que a un alma ya examinada, probada y purgada en el fuego de tribulaciones y trabajos y variedad de tentaciones, y hallada fiel en el amor, deje de cumplirse en esta fiel alma en esta vida lo que el Hijo de Dios prometió, conviene a saber: que si alguno le amase, vendría la Santísima Trinidad en él y moraría de asiento en él (7), *lo cual es ilustrándole el entendimiento divinamente en la sabiduría del Hijo, y deleitándole la voluntad en el Espíritu Santo, y absorbiéndole el Padre poderosa y fuertemente en el abrazo abisal de dulzura...* (8).

(7) Jn., 14, 23.
(8) *Llama de amor viva,* 1, 13, 14, 15.

Sintiendo el alma que esta viva llama de amor vivamente la está comunicando todos los bienes, porque este divino amor todo lo trae consigo, dice: «¡Oh llama de amor viva, qué tiernamente hieres!», que es como si dijera: ¡Oh encendido amor, que con tus amorosos movimientos regaladamente estás glorificándome según la mayor capacidad y fuerza de mi alma! Es a saber: dándome inteligencia divina según toda la habilidad y capacidad de mi entendimiento, y comunicándome el amor según la mayor fuerza de mi volutad, y deleitándome en la sustancia del alma con el torrente de tu deleite en tu divino contacto y junta sustancial según la mayor pureza de mi sustancia y la capacidad o anchura de mi memoria (9).

Inefable; divina maravilla esta maravilla de conocimiento y de deleite, que la gracia sobrenatural obra en el alma preparada y fiel. Pero ¿quién le impide a Dios, dice el mismo santo, obrar estas maravillas en el alma vaciada, anonadada y ofrecida?

¡Oh suavísimo bálsamo celestial de la gracia divina! ¡Oh luz beatísima de la gracia divina brotada del Sol eterno e infinito, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo! Aquí está ya anunciado el hecho sobrenatural, maravilloso y divino

(9) Id., 1, 17.

del amor infinito en la unión de amor entre Dios y el alma; de la inhabitación de especialísimo amor de Dios en el alma; del matrimonio espiritual en amor inexplicable de Dios con el alma embellecida ya e iluminada por el Poder del Padre, la Sabiduría del Hijo y el Amor del Espíritu Santo con la hermosura de las rosas de la fe, esperanza y caridad y con el esplendor y dichoso cortejo de todas las virtudes en los dones del Espíritu Santo.

Imagina, alma, sueña con levantados sueños de luz, de delicia y de bondad cuanto tu fantasía pueda, y todo será como oscuridad, y fealdad, y aspereza y nada, comparado con estas mercedes y estos gozos que Dios comunica al alma con su gracia especial. Porque el obrar del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo en amor especial, es el mar inmenso de amor, es el más profundo centro del alma dulce sobre toda dulzura y forma los hirvientes borbotones en el mismo centro del alma y redunda en inundaciones deleitosas de amor en todo el ser.

Lo inmenso de Dios y su infinita bondad y hermosura, que antes recordaba, está aquí envolviendo y derritiendo al alma en inextinguible y puro gozo, y el alma sólo ansía con vehemencia grande ir a ver a Dios al cielo, pues en todas las cosas y personas de la tierra encuentra soledad,

porque la tierra es destierro, y repite con amor de espera:

¡Cuán triste es, Dios mío,
la vida sin Ti!
Ansiosa de verte,
deseo morir (10).

(10) Santa Teresa: Poesía *Ayes del destierro.*

Capítulo XXXV

PREPARACION DE PARTE DEL ALMA PARA QUE DIOS HAGA CON ELLA LA UNION DE AMOR Y SE MUESTRE COMO CENTRO DEL ALMA, CENTRO DE AMOR

175.—Dios me ha creado en todo mi ser para el amor glorioso, para la posesión del amor eterno y para ser transformado en amor de Dios y en felicidad.

Y pienso que me ha creado en todo mi ser, o analizando y dividiendo esta verdad, digo que ha creado mi alma para el amor y también ha creado mi cuerpo para el amor, para poseer el amor, para ser ambos transformados en amor de Dios. No sólo el alma ha de ser hecha amor de Dios; también lo será el cuerpo por el alma.

Ordinariamente decimos que nuestro fin y nuestra felicidad es el amor y que el amor es no sólo la vida, sino la rosa más fragante y más bella

de la vida, como acabo yo de decir que hemos sido creados para el amor.

Más propio y más filosófico es, sin embargo, decir que hemos sido creados para la Verdad y la Verdad produce y hace florecer en nosotros el amor, como Dios es Amor infinito y glorioso porque es la Verdad infinita. La felicidad es el goce de la Verdad; Dios, Verdad infinita, es gozo infinito.

Dios me ha creado para la Verdad eterna o infinita. Dios quiere unirme a El, Verdad y Amor eternos, o dárseme en posesión como verdad y como amor.

El deshacerse mi alma y todo mi ser en agradecimiento a Dios no es tanto por haber sido creados como por haber sido creados para la felicidad y la dicha eterna, para el gozo eterno, inacabable y a modo de eternidad.

Son muchos los sinsabores y las desgracias del hombre en la tierra y no sería mucho de agradecer este triste vivir. Por las amarguras muchos intentan quitarse la vida. Pero detrás de este triste vivir me enseña la esperanza cristiana por la fe que he sido creado para vivir el eterno gozo, para vivir la felicidad sobrenatural para siempre en el mismo Dios, como ya dijimos con San Hilario.

Esta es la voluntad de Dios y nunca podré agradecérselo bastante. Dios, que pudo crearme de innumerables modos más perfectos que el actual,

que pudo crearme dándome inmediatamente la gloria, como a tantos se la ha dado, no me pudo criar para fin más alto, que es El mismo, Verdad infinita, Amor infinito, Gozo y Delicia infinita.

176.—Y Dios pone en mi misma voluntad la medida de la felicidad, de la sabiduría y del gozo que me ha de comunicar. Participaré del gozo infinito de Dios para siempre cuanto yo quiera aquí en la tierra, cuanto aumente en la gracia, cuanto adquiera de amor, cuanto me prepare para unirme en amor a Dios, porque el cielo es el premio del amor y de las obras buenas realizadas.

Está, repito —y quisiera tenerlo siempre presente—, está en mi voluntad, está en que yo una mi voluntad con la de Dios haciendo su querer y practique la virtud o las obras buenas por amor de Dios y según ese amor.

Ya el Apóstol San Pablo me decía: *Esta es la voluntad de Dios: que seáis santos* (1) todos. A nadie exceptúa el Señor. Y tanto lo será cada uno cuanto quiera, porque Dios da la gracia, que es el poder, a medida de la determinación y cooperación de cada uno. Dios es el más profundo centro de amor del alma, y tanto introducirá en ese centro de infinito amor cuanto el alma se prepara para entrar, o mejor: para dejarse meter por

(1) Tes., 1, 3.

Dios, pues es Dios quien mete al alma en Sí. En ese centro de amor no entra nada manchado.

Dios nos quiere santos. En el Antiguo Testamento nos repite el *Levítico: Sed santos, pues que Yo soy santo* (2). Jesucristo, dirigiéndose a todos, decía con mandato: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* (3). Dios nos quiere santos, perfectos, para unirnos con El, que es la santidad; para hacernos una misma cosa con El por perfecta unión de amor. Para que podamos prepararnos y hacernos santos y perfectos nos da su gracia.

Son terminantes las palabras de Jesús enseñándonos esta verdad. *El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y que me siga* (4). Clarísimo es el medio que nos da San Pablo diciendo: *Vuestra vida esté escondida con Cristo en Dios* (5).

177.—Este medio de estar escondido con Cristo en Dios es inmutable en lo esencial para todos los tiempos y para todos los estados. Porque es esencial, el Concilio Vaticano II lo recuerda y repite las palabras cuando trata del apostolado aun seglar, porque ni el apóstol seglar puede prescindir

(2) Lev., 11, 44.
(3) Mt., 5, 48.
(4) Mt., 18, 24.
(5) Col., 3, 3.

de esta vida escondida con Cristo en Dios, si ha de ser apóstol. ¡Cuánto menos las almas consagradas a Dios en el estado religioso o en el estado clerical! (6).

Todos los grandes apóstoles de todos los tiempos han estado unidos con Cristo en Dios; no se llevaban a sí mismos ni se buscaban a sí mismos, sino llevaban a Dios y para Dios vivían y cuantos les oían se llenaban de Dios como estaban llenas de Dios las almas retiradas y santas. La santidad es la misma para todos y en todos los estados y edades, aun cuando los medios que llevan a la santidad sean diferentes. La santidad es vivir a Dios, participar de Dios, estar unidos a Dios y llenos de Dios por la gracia.

¿Cómo llegaron las almas a unirse con Dios y llenarse de gracia? ¿Cómo llegaron los amadores de Dios a apropiarse las palabras de San Pablo diciendo: *Mi vivir es Cristo* (7), prueba de la unión de amor que con Dios tenían? Porque *su vida estaba escondida con Cristo en Dios*, aun cuando recorrieran todo el mundo. Porque habían dado cumplimiento a la determinación de *negarse a sí mismos, tomar su cruz y seguir a Jesucristo* sobreponiéndose a sus gustos y a sus complacencias. Eran de Dios; eran santos.

(6) Conc. Vat. II. *Apostlc. Actuositatem*, 4.
(7) Fip., 1, 21.

La perfección, decía San Juan de la Cruz, *consiste en tener el alma vacía, y desnuda y purificada de todo apetito* (8), porque los apetitos impiden hacer la unión de amor con Dios, y en el momento en que se han purificado y quitado, Dios hace la unión con el alma, Dios inunda de amor y transforma con su gracia al alma; la hace, como luego diremos, divina.

Para que la gracia, o Dios con su gracia, transforme al alma, es imprescindible que el alma salga de sí, de sus apetitos y de los apegos y disipaciones de todas las cosas, ya sean de apegos de personas, ya sean de apegos o disipaciones de bienes o curiosidades mundanas, ya sean de los apegos más íntimos y escondidos de las propias complacencias y vanidades.

Porque *el Amado se halla en la soledad* (9).

Porque *sólo el amor une con Dios* (10).

Porque *no se puede llegar a la unión sin gran pureza* (11).

El alma *salió para venir a vida de amor dulce y sabrosa* (12) en la unión de amor con Dios. No pueden unirse las tinieblas y la luz. No puede unirse lo mundano y lo íntimamente espiritual, ni la

(8) *Subida del M. Carmelo,* lib. I, 5, 6.
(9) *Noche oscura,* lib. 2, 14, 1.
(10) *Noche oscura,* lib. 2, 20, 4.
(11) Id. id., 2, 24, 4.
(12) Id. y Declaración al c. I, 1.

vida de mundo y la vida de trato y recogimiento con Dios.

178.—Dios quiere hacer con mi alma, como quiere hacer con todas las almas, la unión más íntima de amor con El. Dios quiere divinizar al alma.

Mi ser es como piedra de oro. He visto un alto horno. La temperatura se eleva a una intensidad muy grande hasta fundir la piedra y separar el metal de la piedra. Se arrojan hasta toneladas de piedras auríferas, o del metal que se desea obtener, en el fuego del alto horno. El fuego funde la piedra y sale el metal derretido por canales refractarios al fuego y por otro lado queda la escoria de la piedra.

Tengo que meterme en el fuego de Dios, para que el fuego de Dios me haga fuego, me derrita, desprenda de mí la escoria de mis apetitos y de mi disipación y salga puro el oro del amor de Dios y de las virtudes. No puede aislarse ni obtenerse puro el oro de Dios en mí si no entro en el horno de Dios.

Este horno de Dios es el mismo Dios; es la gracia y el amor de Dios. Tengo que entrar en Dios, Dios es el centro de mi alma. Tengo que vivir en este centro. Dichoso centro que hace de mi alma oro de cielo en amor divino. Dichoso centro que acrisolará mi alma y la hará divina.

Lo hará la gracia de Dios, pero lo hará según mi cooperación y mi determinación. ¿Cómo lo hará?

Quiero detenerme un poco en explicarlo y confirmarlo con la doctrina segura de los escritores espirituales, porque estamos en estos momentos en el fuerte oleaje de dos corrientes encontradas. Por ello quiero expresar mi pensamiento con las palabras autorizadas de los santos y del Evangelio. Toda doctrina que no está cimentada en el Evangelio y en los santos es novedad que ni puede durar, ni puede dar frutos de vida espiritual.

179.—Jesucristo puso una parábola para hacer ver *que conviene siempre orar y nunca desfallecer* (13).

Jesucristo dijo: *Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que os entresaqué Yo del mundo, por eso el mundo os aborrece* (14).

Jesucristo dijo: *El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame* (15).

Jesucristo dijo: *Ninguno puede servir a dos señores, porque tendrá aversión al uno y amor al otro, o si se sujeta al primero, mirará con desdén*

(13) Lc., 18, 1.
(14) Jn., 15, 19.
(15) Mt., 16, 24.

al segundo. No podéis servir a Dios y a las riquezas (16).

Jesucristo dijo: *Yo les he comunicado tu doctrina, y el mundo les ha aborrecido, porque no son del mundo... Ruego que todos sean una misma cosa; y que como Tú, ¡oh Padre!, estás en Mí, y Yo en Ti por identidad de naturaleza, así sean ellos una misma cosa en nosotros por unión de amor, para que crea el mundo que Tú me has enviado.*

Yo les he dado parte de la gloria que Tú me diste, alimentándolos con mi misma sustancia, para que en cierta manera sean una misma cosa, como lo somos Nosotros.

Yo estoy en ellos, y Tú estás siempre en Mí, a fin de que sean consumados en la unidad y conozca el mundo que Tú me has enviado, y amádolos a ellos como a Mí me amaste.

¡Oh Padre! Yo deseo ardientemente que aquellos que Tú me has dado estén Conmigo allí mismo donde Yo estoy, para que contemplen mi gloria, cual Tú me la has dado...

Yo por mi parte les he dado y daré a conocer tu nombre, para que el amor con que me amaste, en ellos esté, y Yo mismo esté en ellos (17).

Dios quiere establecer la unión de amor con las almas. Dios quiere poner ya permanente su

(16) Mt., 6, 24.
(17) Jn., 17, 14-26. Traduc. de Amat.

morada de amor en el alma o quiere establecer la especial inhabitación en el alma y espera la preparación del alma y la súplica del alma. En el momento en que el alma esté lo suficientemente preparada: *Mi Padre le amará, y vendremos a El y haremos mansión dentro de El* (18).

180.—Nada hay más grande, nada más hermoso ni de mayor regalo y contento que la unión de amor con Dios. Algo ya se ha indicado y más se indicará.

Nada exige tanta atención y tanta delicadeza y esfuerzo para conseguirlo como la preparación para esta unión. Es muy cierto que es tan alta y de tanto valor que con nada puede comprarse ni con nada de suyo merecerse. Y no es menos cierto que Dios la da al alma que está ya preparada; tendría que hacer un milagro, que no hará, para no realizar la unión con esa alma. Dios lo quiere. Para prepararse es imprescindible, primero, quitar todos los obstáculos y vencer todos los enemigos; segundo, fomentar el amor con el trato y comunicación con Dios, o sea: cultivando mucho la oración. Y tercero, vivir la penitencia.

Todo se resume en recogimiento, mortificación y oración; ésta es la realidad del amor y lo que prepara para la unión de amor con Dios.

(18) Jn., 14, 23.

Cuando la aviación estaba aún como en sus principios y era algo raro ver volar y más aún verlo de cerca, quiso el Ayuntamiento de cierta ciudad, con muy buen gusto, dar a sus ciudadanos este recreo como un espectáculo muy interesante de los festejos de las ferias que celebraba. Y llamaron a un bastante famoso aviador de aquellos tiempos para que realizara el vuelo.

Todos los habitantes se reunieron en un lugar alto, desde donde se dominaba perfectamente toda la escena para un hecho de mucha expectación y mucho agrado. Yo, como joven que entonces era, me sumé diligente a la común alegría para satisfacer la curiosidad y ver despegar al aeroplano. Con ojos muy fijos espiábamos todos los movimientos que precedían al esperado vuelo.

Y por fin el aeroplano empezó su carrera para el despegue, pero llegó al límite de la carrera y no despegó. Con más lentitud volvió al punto de partida y emprendió por segunda y tercera vez la carrera sin lograr el despegue. Fue la desilusión —y fueron también los comentarios, aunque benignos— de los espectadores. El desencanto de no ver, como esperaban ansiosos, y para admirar el poder de los inventos. Eran distintas las razones que se aducían del fracaso del vuelo. Por la altura de la ciudad, porque hubiera sido necesario un biplano. Pero aquel día no pudo realizarse el despegue ni exhibirse el anunciado vuelo. No

pudo satisfacerse un deseo muy noble de ver el adelanto de la ciencia.

El alma que busca a Dios no ha sido invitada por los hombres para presenciar y admirar un espectáculo humano por sorprendente que sea, o para tomar posesión de un muy rico tesoro. El mismo Dios la ha invitado para una maravilla más extraña y sorprendente: para adquirir una riqueza y posesión superior a la de los reyes de los tronos más eminentes o matrimonios de mayor ilusión. El mismo Dios amorosamente la ha invitado para que, aprovechando las gracias y las inspiraciones que El generosa y gratuitamente la dé, se prepare para ser levantada a la unión de amor con el mismo Dios. En el momento en que esté preparada, Dios hará la unión. Dios levanta al alma en vuelo de amor. Dios con su gracia santificante diviniza al alma que se deja divinizar.

El aeroplano no pudo despegar y levantar el vuelo, que todos esperaban. No superó los obstáculos para tomar altura. No estaba preparado.

Dios quiere levantar al alma en el alto vuelo de amor para la unión de amor con El, pero exige al alma su preparación por el recogimiento, por la penitencia y por la oración. Con toda certeza, si el alma se prepara con humildad, Dios no deja de unir al alma con El. Para eso nos ha criado. Dios lo quiere.

Dios quiere poner en el alma la iluminación

de la unión de amor con El, pero como la corriente eléctrica no puede transformar en iluminación el filamento del foco que no está convenientemente preparado, vaciado del aire u oxígeno que le rodea y en contacto con la corriente, tampoco puede el alma ser transformada en la iluminación y hermosura de la unión de amor con Dios si no está aislada de lo mundano y de lo que disipa, o no tiene florecidas las virtudes y no vive en trato continuo e íntimo de la oración y recuerdo de Dios, que es el contacto con Dios. Cuando ya tenga todo esto y no haya resquicio alguno por donde se infiltren los apetitos y el oxígeno del mundo, inmediatamente Dios pondrá en el alma su divina iluminación con la transformación en la luz de la unión de amor con El, y lucirá el alma con soberana belleza y maravilloso esplendor. Dios deifica al alma. Dios comunica al alma sus mismas perfecciones según la capacidad o santidad del alma, según las virtudes que practicó y el amor con que las realizó.

CAPÍTULO XXXVI

PARA QUE DIOS HAGA LA UNION DE AMOR ES NECESARIO EL RECOGIMIENTO

181.—Me agrada sobremanera pensar esta verdad enseñada como muy cierta por los santos y por los grandes escritores de la vida espiritual: Dios quiere hacer con todas las almas la unión de amor. Y siento muy grande gozo en meditar la expresiva frase de San Juan de la Cruz sobre este amor: *Al fin, para este fin de amor fuimos criados* (1).

Si me parece que mi alma lo desea y lo antepone a todo otro bien y deseo y si Dios tanto lo quiere que me ha creado para este fin, y está más deseoso de darla que las almas de pedirla, ¿por qué no se ha consumado ya en mí la unión de amor?

(1) *Cántico*, anotación a la canción 29, 3.

Y es pregunta que he leído en la vida de muchos santos y en muchos más libros espirituales sin llegar a ver una solución que del todo satisfaga. Es el misterio impenetrable de nuestra pobre naturaleza caída.

Santa Teresa de Jesús, que se hacía esta misma pregunta y se lamentaba de no ser aún lo que deseaba ser, se daba también esta respuesta: *Toda la falta nuestra es en no gozar luego de tan gran dignidad...; somos tan caros y tan tardíos en darnos del todo a Dios..., que no acabamos de disponernos. Creo yo sin duda muy en breve se nos daría este bien, si en breve del todo nos dispusiésemos como algunos santos lo hicieron* (2).

No puedo ni aun dudar que Vos, Dios mío, queréis hacer la unión de amor con todas las almas y la queréis hacer con la mía. Vos queréis que todos seamos santos y perfectos, como nos lo dijisteis en la Divina Escritura, y sabéis que no lo podemos ser si no nos dais Vos el poder y el querer. Dadme, Dios mío, que yo pueda. Dadme que yo determinadamente quiera.

Dios a todos da su gracia para que todos podamos, pero exige que no la impidamos obrar su efecto. Exige que quitemos los obstáculos que la hacen incompatible y son la causa de que no se

(2) *Vida*, 11, 1, 2.

realice ni la voluntad de Dios ni la voluntad que en principio siente el alma. Quisiera querer.

Santo Tomás de Aquino escribe así: *Dios está dispuesto, en cuanto es de su parte, a dar a todos el auxilio de su gracia. Sólo se priva de esta gracia a aquellos hombres que ponen en sí mismos impedimento a la gracia* (3).

182.—Dejando ahora el modo de dar Dios la gracia y el modo de obrar de la misma gracia, *sabiendo que sin Mí nada podéis* (4) y que *el sarmiento separado de la cepa se seca, pero unido a ella da mucho fruto* (5), recordemos que para que Dios pueda hacer su obra de unión de amor con el alma de modo ordinario, o para que el alma pueda vivir intensamente la vida espiritual y llegar a esa perfección que Dios ciertamente quiere, exige del alma que ponga de su parte la obra correspondiente.

Y ésta es la primera obra que exige Dios al alma: que le preste atención, que guarde recogimiento, que en su propio interior y en el exterior y en las obras de la naturaleza mire a Dios y despierte el divino amor.

La Divina Escritura, los santos y los escritores espirituales, unánimes hasta estos tiempos, nos han

(3) *Summa contra Gentes,* lib. III, cap. 159.
(4) Jn., 15, 5.
(5) Jn., 15, 5.

enseñado con toda firmeza y sin vacilación alguna la necesidad de este recogimiento para toda alma que aspira a la perfección en cualquiera de las actividades espirituales a que se dedique.

El Maestro Divino nos dice: *Entra en tu aposento y cerrada la puerta ora en secreto a tu Padre, y tu Padre, que ve lo secreto, te premiará en público* (6). San Pablo, el apóstol de la actividad y del celo, nos inculca: *Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (7), y Dios dijo por Oseas: *Llevaré el alma a la soledad y allí la hablaré al corazón.*

El lema que guió a tantos miles de almas a los desiertos y los guía hoy al silencio de los conventos para vivir a Dios en santidad, fue el recogimiento, atención y trato con Dios. Toda la vida espiritual y de oración la condensaban San Antonio, San Macario y San Arsenio en la frase exhortatoria de *escondeos;* y cuando les decían aquellos aspirantes a santos: «¿Dónde nos vamos a esconder, si estamos en la soledad?», contestaban: *Escondeos en vosotros mismos con Dios.* Así floreció la soledad en rosas de virtudes y de amor a Dios.

183.—¿Quién más dinámico en su apostolado y predicación que San Vicente Ferrer ni más fe-

(6) Mt., 6, 6.
(7) *1 Cor.*, 3, 3.

cundo en conversiones ni quien reformaba y alentaba a la santidad como el santo Juan de Avila? Pues San Vicente Ferrer y San Juan de Avila, como el Beato Diego de Cádiz y San Bernardino y tantos otros varones apostólicos en el tiempo en que vivieron, renovaron la piedad de los pueblos y despertaron el fervor y la caridad y las virtudes en las almas.

Estos apóstoles vivían recogidos en su apostolado y exhortaban a los fieles todos a vivir la virtud y a las almas consagradas a que cumplieran fielmente sus votos religiosos y observasen las reglas voluntariamente abrazadas en recogimiento, en oración, en mortificación y silencio y practicasen *la renuncia a los bienes temporales* aconsejada en el Evangelio.

Recopilando San Vicente Ferrer las normas que anteriormente había escrito, decía al hombre apostólico que debía *ocuparse de día y de noche en la oración* (8).

Y el santo Juan de Avila escribía: *Creed cierto que una de las más ciertas señales de corazón recogido es la mortificación en el mirar. Y del corazón disoluto, la disolución del mirar. No hay pulso que tan cierto declare lo que hay en el cuerpo, cuanto el ojo declara lo que hay en el ánima de bien o de mal* (9).

(8) *Tratado de la vida espiritual*, 20.
(9) *Audi Filia*, 56.

Leo en la historia que muchedumbres aglomeradas seguían a estos apóstoles santos ansiosas de escucharles. Al Beato Diego de Cádiz, cuando salía del convento o de la casa donde se hospedaba para la iglesia donde había de predicar, tenían, muchas veces, que ponerle soldados para abrirle camino y que defendieran sus vestidos de las gentes que procuraban cortárselos para conservarlos como reliquia. Algo divino irradiaba de estos hombres apostólicos que atraía a las gentes, y cuando hablaban, algo más sobrenatural movía las conciencias de los oyentes y trocaba los corazones llenándolos de fervor.

Cuando el apóstol *vive su vida escondida con Cristo en Dios*, se aparta de lo mundano en santo recogimiento y penitencia, y con su ejemplo y su palabra, y aun con sola su presencia, el Espíritu Santo ilumina y santifica las almas. De ordinario es el efecto en los oyentes como es el espíritu del que predica.

Porque los apóstoles santos huían del mundo en toda disipación y buscaban a Dios en sí mismos y en las almas, las muchedumbres les buscaban a ellos ansiosas de escucharles y gozosas de verles y seguir sus enseñanzas. Dios hablaba por San Juan Capistrano, y San Bernardino hacía prodigios.

184.—Si los apóstoles activos santos vivían y

aconsejaban este recogimiento y esta vida interior, ¿qué no harían y qué no enseñarían las almas entregadas a una vida más íntima con Dios y más retirada?

Y no por ello dejaban de amar las almas, ni de procurar su salvación y su santificación, ni disminuían en el amor a la Iglesia, antes lo procuraban con más celo y por medios más seguros, ya que las almas se ganan ante Dios principalmente por la oración y el sacrificio. Esto me enseñan los apóstoles, como diré más adelante.

¿Quién superará el amor y el esfuerzo de Santa Catalina de Siena por la santidad de la Iglesia y por excitar a todos a una santa vida? ¿Qué efectos tan admirables no hacían sus enseñanzas y sus ejemplos? ¿Con qué vehemencia no exhortaba al recogimiento y a la vida de observancia de las reglas que habían profesado los religiosos para que lavaran el rostro de la Iglesia manchado por la tibieza y la dejadez? ¡Con qué severidad reprende a los Superiores que descuidan la observancia y el recogimiento! (10).

¿Y quién podrá igualar el celo de Santa Teresa de Jesús, que deseaba estuvieran todos locos de la santa locura del amor de Dios para que fueran por el mundo dando voces para que todos amaran a Dios? Persuadida de esta verdad, escribe:

(10) *Diálogo*, cap. 125.

Veo yo que haría más provecho una persona del todo perfecta, con hervor verdadero de amor de Dios, que muchas con tibieza (11).

Aún quiero aducir algunas palabras más que nos dejaron escritas hombres apostólicos y santos de grandísima aceptación y fama en su tiempo y que a través de los siglos ha llegado hasta nosotros nimbada de admiración y de gloria. No acudían estos apóstoles a los centros de reuniones profanas ni acudían ni aun condescendían con lo mundano, sino huyendo de lo mundano y del aplauso de los hombres y aun del trato no necesario —pues siempre disipa algo—, las gentes buscaban sus consejos y admiraban su vida y su conducta. Eran la luz de los pueblos, y Dios se comunicaba por ellos.

185.—No sólo huía fray Luis de Granada los lugares de curiosidad y de pasatiempo y disipación mundana, sino que escribía lo que hoy juzgarán muchos una doctrina exagerada, pero que no le quitó fama ni atracción, antes se la dio más crecida y más acrisolada, tanto entre las personas más distinguidas como entre las más sencillas. Son éstas sus palabras: *Para esta soledad y recogimiento interior ayuda mucho la exterior, procurando el hombre excusar, cuanto le sea posible, todas las*

(11) *Cuenta de conciencia*, en 1568.

conversaciones, visitaciones, pláticas y cumplidos de mundo, cuando no fueren por Dios, donde se pierde tanto tiempo y donde tantas veces se desmanda la lengua y el ánima vuelve a casa llena de tantas imágenes y figuras, que cuando quiere recogerse no puede sino con trabajo y dificultad. Así viene a quejarse con el Profeta diciendo: que no hallaba su corazón cuando lo buscaba.

Ni debe hacer mucho caso de algunas quejas humanas que sobre esto puede haber. Porque si a esto miramos, toda la vida se nos irá en visitaciones y cumplidos, y así nunca tendremos tiempo para lo que nos importa (12). No por este retiro perdió él nombre, antes le adquirió tan grande que en su visita a Lisboa escribía Felipe II a sus hijas como algo muy notable, que le había oído predicar.

Y otro apostólico predicador y magnífico escritor y pensador de la lengua castellana, poco posterior a fray Luis de Granada, exhortaba a vivir esa misma vida santa y fructífera para su propia alma y para las almas del prójimo cuando escribía: *San Gregorio dice: «El que no se esconde y se retrae de las cosas exteriores, no penetra las interiores.» Y dice más: que es necesario esconderse para oír, y esconderse después de haber oído; porque el alma apartada de las cosas visibles, percibe y*

(12) *Del amor de Dios*, segunda parte, cap. 14.

contempla las invisibles, y llena de las invisibles, perfectamente menosprecia las visibles. y oye a hurtadillas las venas del habla divina, porque conoce delicada y secretamente los modos ocultos de la inspiración suya. Lo cual no puede hacer el que no se habituare a vivir dentro de sí mismo en este divino y esencial centro de su ánima, que propiamente hablando es el Reino de Dios (13).

Hasta que halles dentro de ti ese centro o íntimo, no habrás sabido qué cosa es vida interior o esencial, que es lo que yo deseo que sepas y experimentes; porque luego no hay necesidad de más preceptos ni documentos en la vida espiritual, porque todos llegan hasta allí; y allí puesta un alma, toma Dios la mano y la enseña por Sí mismo, que es la mayor bienaventuranza que le puede venir en esta vida (14).

Los apóstoles activos, que removieron los pueblos y avivaron la fe y alentaron a una vida santa, despertaban y atraían las almas con su oración y su penitencia, con la santidad de su persona en una vida recogida en Dios. A vivir esta vida nos alentaron a nosotros y aún nos alientan. Sin la vida recogida no es posible vivir ni tratar íntima y amigablemente con Dios.

(13) Fray Juan de los Angeles: *Diálogos de la conquista del espiritual y santo reino de Dios,* diálogo 2, pf. 2.
(14) Id. *Diálogos,* 1, pf. 2.

186.—Y he querido poner la doctrina de estos apóstoles activos, de estos santos admirables que con sus virtudes atraían las muchedumbres y regeneraban y enfervorizaban la sociedad, porque ellos nos enseñan que es también imprescindible para un apostolado eficaz y fructífero la vida recogida y santa.

¿Qué nos enseñarán los apóstoles de una vida especialmente consagrada y ofrecida al Señor en retiro? ¿Qué nos dirán con sus palabras y con sus obras las almas santas contemplativas? ¿Se llegará a tener y a vivir una oración profunda, íntima, continuada y a recibir las dulcedumbres de las delicias de Dios y la iluminación santificadora de su mirada de amor por los caminos de curiosidades mundanas, de disipaciones y diversiones vanas, de ansias de ver y de tratar escenas y personas? ¿Es posible juntar el bullicio y el silencio, la vanidad y la modestia, el regalo y la cruz? ¿Es posible buscar el pasar el tiempo en bullicio mundano y luego estar recogido con Dios?

He recordado antes lo que todos sabemos muy bien y admiramos, que en varios siglos las almas heroicas deseosas de perfección lo dejaban todo, lo daban a los pobres y con la confianza toda en Dios se repetían: *escondeos*, y escondidos en Dios en la soledad aún continuaban repitiendo: *escondeos:* meteros más dentro de Dios, vivid más íntimamente en la vida íntima de Dios.

Herederas de los solitarios de los desiertos han sido las Ordenes religiosas, e innumerables almas santas han abrazado ese estado de perfección para estar escondidas en Dios viviendo la vida de amor en la más acrisolada virtud. Se recogían en muy grande retiro, en renuncia y olvido de las cosas y bienes y disipaciones mundanas, para poder gozar del codiciado calor del pecho de Dios, y no dejar se evaporara y desvaneciera la fragancia y la luz del trato divino.

La más perfecta y luminosa doctrina y aun la vestida de más galana y soñadora poesía, nos la ha dado San Juan de la Cruz. El caminar al encuentro de Dios es un continuo saltar de ansia de gozo, de esperanza confiada y alegre de delicia. El caminar al encuentro de Dios es ya entrar en la alborada codiciada que nos trae el esplendoroso sol de todo bien y dicha.

187.—San Juan de la Cruz resume en una frase de luz toda la doctrina y aun toda la vida santa de los Santos y de los maestros de espíritu que le precedieron. Cuantos después de él han vivido se gozan en repetirla, sin encontrar otra más expresiva ni más bella. Es la luz de cielo reflejándose en el transparente cristal del alma-amor y convirtiéndola en luz y amor de gloria. Es aliento de Dios que llena de fragancias y lozanías divinas el espíritu.

El alma en dichosa ventura sale de sí y de todas las cosas

con ansias, en amores inflamada

en busca del Amado, al encuentro de la luz y de todo bien, a tomar posesión del altísimo fin para que ha sido llamada y creada. Y pasará admirando las mil gracias que su Amado-Dios ha derramado por todos los encantos y bellezas de la tierra y por todas las grandiosidades de los cielos, sin detenerse en ellos, sino animándose con ellos a seguir hasta el encuentro y el abrazo del Amado, que encierra y crea todos los bienes.

El Amado exige al alma salir de todo apetito, de todo apego; la espera en la más profunda y más amena soledad del recogimiento y del ofrecimiento. Mientras de esto no salga, no podrá ver la hermosura de sus ojos. No pueden unirse la luz y las tinieblas; no pueden oírse la armonía del cielo y la gritería de la tierra. No puede darse el recogimiento con Dios y la disipación con las criaturas. Es imprescindible el callado recogimiento para unirse con Dios en amor. El Santo decía del alma espiritual que ha de andar más por no ver que por ver curiosidades y ostentaciones vanas.

El alma ha de salir y sobreponerse a los apetitos del cuerpo y aun a los apetitos y gustos detallados espirituales. Va a tratar a solas con Dios.

A esta *dichosa ventura*, dirá el alma, *salí sin ser notada, estando ya mi casa sosegada*. Porque *como había de salir a hacer un hecho tan heroico y tan raro, que era unirse con su Amado divino afuera—porque el Amado no se halla sino solo, afuera, en la soledad...—conveníale al alma enamorada, para conseguir su fin deseado, hacerlo también así, que saliese de noche, adormidos y sosegados todos los domésticos de su casa, esto es: las operaciones bajas, y pasiones y apetitos... que siempre estorban al alma estos bienes* (15).

El alma en perfecta soledad y en perfecto vacío de curiosidades no encaminadas directamente al trato de Dios, *segura y a oscuras* en la fe y en fortaleza de la atracción del amor de Dios, se desentiende de todo lo que no es voluntad y bien de Dios. *Aquí todos los apetitos y fuerzas y potencias del alma están recogidas de todas las demás cosas, empleando su conato y fuerza sólo en obsequio de Dios. De esta manera sale el alma de sí misma y de todas las cosas criadas a la dulce y deleitosa unión de amor de Dios, a oscuras y segura* (16).

188.—En el alma limpia, en el alma preparada, en el alma vaciada de sus apetitos y que ha fomentado sus aspiraciones todas hacia Dios en

(15) *Noche oscura*, 2, 14.
(16) Id., 2, 16.

una vida interior, íntima, buscando a Dios dentro de sí misma y regalándose en su silencio interior y en el trato con Dios y mirándose en los divinos ojos no deja Dios de obrar mercedes inefables y maravillas siempre nuevas.

El mismo San Juan de la Cruz escribe y afirma sin titubeo alguno esta magnífica y alentadora verdad: *Fue grande dicha y buena ventura para mí, porque en acabándose de aniquilarse las potencias, pasiones, apetitos y afecciones de mi alma, con que bajamente sentía y gustaba de Dios, salí del trato y operación humana mía a operación y trato de Dios; es, a saber: mi entendimiento salió de sí, volviéndose de humano y natural en divino, porque uniéndose por medio de esta purgación con Dios, ya no entiende por su vigor y luz natural, sino por la divina sabiduría con que se unió.*

Y mi voluntad salió de sí, haciéndose divina, porque, unida con el divino amor, ya no ama bajamente con su fuerza natural, sino con fuerza y pureza del Espíritu Santo, y así la voluntad acerca de Dios no obra humanamente; y ni más ni menos, la memoria se ha trocado en aprehensiones eternas de gloria. Y, finalmente, todas las fuerzas y afectos del alma... se renuevan en temples y deleites divinos (17).

El recogimiento lleva a Dios y es necesario para

(17) Id., 2, 4, 2.

la unión de amor con Dios. El alma de verdad puesta en Dios sabe que no puede adelantar en la aproximación amorosa a Dios si no se aparta de toda disipación para recogerse en Dios y para poder tener íntima y santificadora oración.

Esta doctrina nos enseñan con toda seguridad con San Juan de la Cruz, los Santos con su vida y los sólidos escritores espirituales de todos los tiempos, aun cuando no todos tengan ni la precisión ni la claridad que tiene San Juan de la Cruz. Quien se aparta en esto del Santo y le tiene por anticuado, se aparta del Evangelio, y ya no es el Evangelio el camino para su vida.

189.—Un autor de nuestros días comentando el Concilio Vaticano II hace estas preguntas, que yo hago mías también: *Debemos proceder con toda caridad, pero también hay que hablar con claridad. Y por eso nos preguntamos: ¿Abundan los que han llegado a la contemplación en los monasterios de vida contemplativa? ¿No tendrán en ocasiones la culpa del menosprecio en que se tiene la vida contemplativa los mismos que la profesan? ¿Cada uno de los que practican la vida contemplativa es de hecho un buen testimonio de la presencia de Dios entre los hombres? ¿Los defectos que se encuentran en los monasterios no contribuyen frecuentemente al descrédito de la vida contemplativa? ¿No serán causantes, en ocasiones, los mis-*

mos que profesan la vida contemplativa de la falta de vocaciones para dicho estado?...

...Hoy acecha también otra tentación particular al monje, y es la de querer ajustarse demasiado al mundo. Hay que renovarse, pero no mundanizarse (18).

No faltaba celo por las almas ni amor a la Iglesia a San Andrés Avelino cuando en su retiro santo se proponía *reformar el mundo sin que el mundo advirtiese su presencia* (19).

Y San Odón consiguió un nuevo y hermosísimo florecimiento para las Ordenes religiosas cuando repetía de palabra y puso en práctica que vendría el fervor a la Iglesia por las Ordenes religiosas y brillaría la santidad en las Ordenes religiosas por la oración continua y por el silencio. Y el estado anárquico que pasaba la Iglesia en el siglo nono y la tibieza que se había apoderado de las Ordenes religiosas, desapareció con la oración continua y el silencio que difundió la reforma de Cluny (20).

Donde Dios pone su trono brilla el sol de las virtudes, y si se prepara el corazón con santo recogimiento y atención, Dios obra maravillas en las almas y en la sociedad y dirá a varios santos como

(18) Juan del Sagrado Corazón, O. SS. T.: *La vida contemplativa a la luz del Concilio Vaticano II y del misterio de la Santísima Trinidad,* 5.

(19) Fr. Justo Pérez de Urbel: *Año Cristiano,* 10 de noviembre.

(20) Id. id., 18 de noviembre.

dijo de Santa Gertrudis: *En el corazón de Gertrudis me encontraréis* (21).

Hoy como siempre tienen toda la actualidad y toda la vivencia las palabras que se atribuían a San Bernardo sobre la vida interior:

¡Oh, si no viera hombre alguno alrededor mío para poder tratar más íntima y familiarmente con Dios! Porque el Señor escoge lo secreto del apartamiento y ama el lugar solitario.

Quiero, pues, huir de las compañías y conversaciones de los hombres para poder tener a Dios mismo como huésped mío viviendo en lo íntimo de mi corazón. Porque cuando se vive en las cosas externas, es muy difícil recoger la mente a lo secreto del alma y allí permanecer con Dios.

Ni es menos difícil entrar de las cosas visibles dentro de las invisibles y permanecer detenidamente allí... Acostúmbreme yo a poner mi atención en los pensamientos interiores y a amar sólo las cosas espirituales íntimas y en ellas quedarme recogido para en este recogimiento poder oír las palabras que mi Dios y Señor tenga a bien poner en lo íntimo de mi alma. Aquí me tienes, bondadosísimo Dios, recogido Contigo. Contigo estoy, recogido en Ti estoy. Mientras me disipé en las cosas exteriores, no me fue posible oír tu voz dentro de mí. Ahora que vuelvo a entrar dentro de mí, entro también

(21) Id. id., 16 de noviembre.

dentro de Ti para poderte oír y para hablarte (22).

Hoy, como siempre, el recogimiento desarrolla la vida interior, hace florecer las virtudes, acrecienta y perfecciona el apostolado y alcanza las gracias de la conversión y de la santificación para las almas y el esplendor de santidad para la misma Iglesia.

(22) *Divi Bernardi Claravallensis Abbatis Opera Omnia. De Interiori Domo,* cap. LXVI, col. 1091, Parisiis, 1602. Esta obra dicen ahora es de Aelredo, Abad de Claraval. Véase R. P. Gregorio Ruiz, O. S. B., en *Obras completas de San Bernardo.*